

ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA



**Nunca amanece
en la isla de los alacranes**



SURFERRÁNEA

ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA



**Nunca amanece
en la isla de los alacranes**

edebé

© Ángel Gil Cheza, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraitá

Primera edición, marzo 2025

ISBN: 978-84-683-7392-8
Depósito legal: B. 314-2025
Impreso en España
Printed in Spain

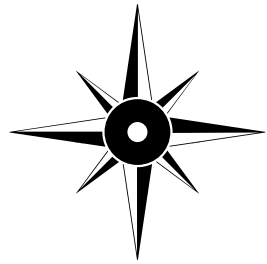


Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*A mis alumnos y alumnas,
porque lo que se escribe no existe
hasta que alguien lo lee.*

Ser uno mismo
es el mayor acto de valentía.



CAPÍTULO 1

Le temblaban las piernas, ya no por el frío sino más bien por los nervios. Había estado corriendo desde la playa, bajo la lluvia, y en medio de la noche. Ahora ya no lo perseguían. Hacía un rato que no escuchaba las voces de los chicos, ni el ladrido del perro, aquel que siempre iba con la banda de los Smugies. Había conseguido esconderse en aquella vieja casa abandonada, pero se había quedado apenas en la entrada porque sabía que solían frecuentarla vagabundos, y no quería más problemas. Parecía mentira que el verano se hubiese torcido de aquella manera... Apenas llevaba una semana en aquella ciudad costera.

Todo comenzó con el fin de curso y las vacaciones de verano. Su padre se había marchado de viaje con su nueva novia, una chavala que no le daba demasiada

conversación, ni le mostraba mucho afecto. Estarían fuera unas semanas. Y de pronto, a su madre le salió una oportunidad de trabajo con una compañía sueca; era publicista y tuvo que dejarlo todo para ir un par de semanas a Estocolmo y hacer los preparativos. La única solución que encontraron sus padres para que no estuviera solo en Madrid fue mandarlo a pasar el verano con su prima Irene a la costa, a la población de Burriana, en la vieja casa que la abuela tenía frente al mar.

Al principio, Jero se negó en rotundo. Sus padres no podían hacerle eso. Había estado estudiando para aprobar segundo curso de la ESO limpio y poder pasar las vacaciones con sus amigos. La crisis había hecho que casi ninguno se fuera de Madrid durante el verano, y si alguno lo hacía, no era por más de una semana. Así que pasarían las tardes en la piscina pública y todas las noches se reunirían en el *skatepark* del barrio. Sara Valle solía ir a patinar allí cada tarde. Le había costado toda la primavera conseguirlo, pero ahora salían juntos, o eso parecía. Porque se sentaban apartados del resto del grupo durante horas, y hablaban de cosas de las que no hablaba con los otros chicos, ni chicas. ¿Era eso tener una relación con alguien? Puede que no. Pero además estaba lo del beso. Se habían dado un beso el último día de clase. Fue sin pensar, como si fuese la cosa más normal del mundo. Iban caminando juntos, porque la función del festival de fin de curso había terminado tarde y algunos chicos y chicas se ha-

bían quedado a ayudar al jefe de estudios a recoger. Así que, cuando todo terminó, salieron del instituto juntos. Aquello le hizo sentir bien. Iban por la calle solos, sin nadie más. No estaban en el *skatepark* con toda la peña y se habían apartado un poco para hablar de cosas raras, no; iban juntos por la calle. Eso molaba mucho.

—¿Qué piensas? —preguntó Sara de repente.

—Nada..., estaba intentando retener este momento en la memoria. Escuchaba nuestros pasos sonando calle abajo.

Sara observó los pies de ambos. Caminaban casi al mismo ritmo. Sus zapatillas estaban rotas de tanto patinar en el *skatepark*. Seguro que había barrios donde la gente llevaba las *zapas* nuevas todo el tiempo. Pero eso no sucedía en su barrio.

Entonces llegaron al punto donde se debían separar. Era ya tarde, y sus respectivos padres debían de estar preguntándose dónde estaban. De hecho, durante el trayecto los móviles sonaron y vibraron varias veces por los mensajes que llegaban al WhatsApp. Pero ninguno de ellos los miró. Ningún mensaje podía ser más importante que aquello. Y al final, sin darse apenas cuenta, lo único que sonó como despedida fue el silencio mientras se besaban. Fue un beso corto. Pero duró más que nada en el mundo.



